EL CID CAMPEADOR[1]

HAZAÑAS DE UN HÉROE EN LA ESPAÑA MEDIEVAL

1. LA PARTIDA DE VIVAR

Arrasados.

Los ojos, arrasados en lágrimas.

Espaldas anchas, hombros cuadrados, manos grandes y huesudas. Tan ajustadas las piernas al caballo que difícil era saber dónde empezaba la bestia; dónde, las calzas. Rodrigo Díaz de Vivar[2] dio vuelta la cabeza para mirar su casa. Las puertas, abiertas; los postigos sin candados; vacías las perchas, sin pieles ni mantos; y las otras perchas donde solían posarse los halcones y azores[3], sin la visita de los grandes pájaros. El polvo de los caminos ya entraba en las habitaciones como anticipando el largo abandono, ya se enseñoreaba de los cuartos.

Junto a Rodrigo Díaz de Vivar, un grupo de hombres montados. Como él, todos iban sobre el caballo tan a gusto como los villanos[4] sobre sus piernas. De lejos, se notaba que su vida era montar y guerrear que, a todo peligro, sabían hacerle frente. Y por eso, quizás, porque su valentía había sido probada en innumerables batallas, Rodrigo no precisaba esconder ese llanto que bajaba por sus ojos, arrasándolos.

-Loado sea Dios -dijo, alzando los ojos hacia el cielo-, esto se lo debo a la maldad de mis enemigos.

No dijo más, aguijoneó el caballo, soltó la rienda y ya salió galopando. Lo siguieron sus hombres, dejaban atrás Vivar, camino del destierro.

El Rodrigo Díaz de Vivar que partía hacia el destierro no era un joven inexperto. A su nombre, lo acompañaba ya el apodo Cid Campeador que, como una medalla que se ostenta sobre el escudo, decía de su valentía. "Cid", del *sidi*, en árabe, 'señor'; y Campeador, del romances[5], *campodocto*, 'doctor' o señor de los campos de batalla.

Su casa en Vivar quedaba a pocas leguas de Burgos, en el reino de Castilla. España, entonces, estaba dividida en muchos reinos. La mayor parte del territorio estaba en manos de los árabes: distintos califas[6] gobernaban las ciudades del gran reino de Al-Andaluz[7]. Hacia el Norte: León, Aragón, Castilla, Navarra eran reinos cristianos. Los reyes de entonces, tanto moros[8] como cristianos, vivían en luchas constantes. Peleaban entre los de su misma religión y entre moros y cristianos. Se aliaban y, luego, rompían los pactos. Prácticamente, todos los recuerdos del Cid hablaban de batallas.

Junto al pecho, por debajo del jubón[9], Rodrigo Díaz de Vivar llevaba una carta dirigida a él, con la firma del rey Alfonso, su señor. El mensaje era escueto: una orden de destierro para él. La aclaración, terminante: tenía solo nueve días para abandonar por siempre las tierras de Castilla; cumplido el plazo, sería atacado por el ejército del rey.

Nunca, en innumerables batallas, Rodrigo Díaz de Vivar, por todos conocidos como el *Cid Campeador*, había sufrido una afrenta semejante. ¡Desterrado! El castigo destinado a los traidores.

El rey Alfonso[10] había oído los consejos de los falsos, las palabras de los verdaderos traidores, las calumnias de los que solo saben envidiar porque carecen del valor para empuñar la espada. A todos ellos y, principalmente, al conde García Ordóñez, había prestado oídos el rey Alfonso al escribir, sin que le temblara el pulso, la carta que ordenaba el destierro de su mejor vasallo[11].

Con la carta en la mano, Rodrigo Díaz de Vivar reunió a sus parientes y vasallos. Les contó que el rey le ordenaba abandonar las tierras de Castilla. Y aunque aquellos hombres le debían lealtad, a todos les preguntó para que hicieran según su deseo. Los que quisieran podían desterrarse con él, tras desamparar a sus mujeres e hijos; los que quisieran podían quedarse en sus tierras.

Entre todos ellos, se distinguía por su porte Minaya Alvar Fáñez. De voz clara, como claros eran sus pensamientos.

-Te seguiremos -dijo, sabiendo que sus palabras expresaban el sentimiento de aquellos sesenta hombres como si fueran uno solo-. Te seguiremos por desiertos y poblados, no hemos de abandonarte mientras tengamos aliento. Siguiéndote siempre, como leales amigos y vasallos, perderemos mulas y caballos, dineros y paños[12].

Todos aprobaron las palabras de Alvar Fáñez, y el Cid les agradeció su lealtad.

2. EL CAMINO DE LOS RECUERDOS

El Cid no era hombre de dejarse llevar por la melancolía, no solía rememorar por el gusto mismo de hacerlo. Sin embargo, aquella tarde, mientras espoleaba su caballo camino del destierro, desovilló pacientemente los recuerdos. Precisaba repasarlos, encontrar aquellos hechos que le permitieran comprender la actitud del rey.

Como quien separa la paja del trigo y la amontona para observarla mejor, así amontonó el Cid los sucesos que empujaron al rey a tomar una decisión como aquella. El Cid lo conocía bien, sabía que Alfonso no era de los que dan puntada sin hilo. Aquella acción, que a muchos podía parecer injusta, no había sido fruto de un arrebato; por el contrario, lentamente meditada; incubada en el corazón, incluso, llevaba la fuerza oscura de antiguos sentimientos.

Para ser fiel a esa historia de desavenencias que ahora lo separaban de su señor, el rey Alfonso, el Cid tuvo que remontarse a su adolescencia. Hijo de hidalgos, sin que sangre noble corriera por sus venas, Rodrigo se había criado en la corte del rey Fernando, padre de Alfonso. Sus dotes guerreras siempre lo habían destacado; tal vez por eso, Fernando lo había elegido como amigo de Sancho, su hijo mayor. ¡Buenos tiempos aquellos! ¡Qué valiosa amistad había unido siempre a Sancho y Rodrigo!

Quizás, pensó el Cid, entonces empezó todo; cuando Sancho y yo salíamos de caza, y su hermano Alfonso se quedaba en el castillo.

Pero aún Fernando vivía, cuando Sancho y Rodrigo salieron a batallar. El mismo rey Fernando lo había armado caballero en la batalla de Coimbra[13]. Junto a Sancho, habían vencido al rey moro de Granada. El Cid recordó la batalla. El Cid recordó el momento en que había tomado prisionero al conde García Ordóñez. Ahora García Ordóñez era consejero del rey Alfonso. Pero entonces, por traidor, Rodrigo lo había injuriado arrancándole un mechón de sus barbas.

Sin duda, los verdaderos problemas habían empezado a la muerte del rey. Eso era innegable. Don Fernando había repartido el reino entre sus cuatro hijos; a Sancho, dio Castilla; a Alfonso, León; a Elvira, la ciudad de Toro; y a Urraca, Zamora. ¡Por qué no respetó la ley del mayorazgo[14]! Los hermanos no se contentaron con aquella división. Todo quería Sancho, como lo mandaba la ley de entonces.

Sancho y Alfonso se enfrentaron. Quien ganara se quedaría con los dos reinos: Castilla y León. Eran tiempos de guerras. Rodrigo luchaba junto a su señor. El Cid recordó la batalla en la que, gracias a su consejo, habían vencido a Alfonso. Algunos opinaron que no habían sido del todo justos, pues quebrantaron un pacto atacando el campamento por la madrugada. En la guerra no hay pactos, pensaba el Cid entonces y ahora. Seguramente allí, nació el odio de Alfonso por él. Porque le quitaron la victoria de las manos, lo sacaron de la iglesia donde se había asilado y lo llevaron prisionero a Burgos. Alfonso supo -cómo no saberlo- que aquella derrota suya era por méritos del Cid. Quizás fue aquel día en que comenzó a tramar su venganza.

Entonces vino doña Urraca, hermana de los reyes, e imploró por la libertad de Alfonso. El Cid mismo aconsejó a Sancho que lo liberara. Y ese consejo, ¿no lo conocía Alfonso? La condición era estricta: Alfonso debía dejar el reino y hacerse monje tras entrar en un monasterio. Con dos hermanos reyes, nunca acabaría la pelea. Alfonso había entrado en el monasterio. Pero lo suyo no era la religión y, al poco tiempo, se escapó. Entonces se alió con el rey moro de Toledo.

Mientras, Sancho estaba ocupado luchando en contra de sus hermanas. Ya era rey de León y Castilla. Pero tomó la ciudad de Toro y puso cerco a Zamora. La ciudad de su hermana Urraca resistía valientemente el cerco.

Bien lo recordaba el Cid, que había luchado ardientemente contra quince zamoranos. Quince contra un solo hombre y los había vencido. Aquel episodio hizo aún más grande su nombre.

El cerco duraba más de lo pensado, Zamora no se rendía. Entonces, apareció un traidor: Alfonso Vellido. Se había escabullido de Zamora, lo trajeron los guardias hasta la tienda del rey. Resultó buen fabulador porque logró embaucarlos a todos, a Sancho y al Cid también. Ofrecía ayuda para vencer la ciudad, dijo que les señalaría el sitio por donde podrían atravesar la muralla. El Cid desconfió de la condición que había puesto: debían ir al sitio bien de madrugada, él y Sancho y nadie más. Rodrigo dudó, pero Sancho dio la orden terminante de que nadie lo siguiera. Las órdenes del señor no pueden discutirlas los vasallos. Allá se fueron los dos, Sancho y Vellido, el traidor. A pesar de todo, era tan fuerte el presentimiento en el corazón de Rodrigo que los siguió. De lejos los vio y, cuando estuvo cerca, ya era tarde: Sancho caía, asesinado.

Por más que hubo corrido, el Cid no pudo alcanzar a Vellido. ¡Cómo no recordar la alocada carrera! La puerta que se abrió en la muralla de Zamora para tragar al traidor.

Sin Sancho, el cerco de Zamora se perdió. Los castellanos[15] dejaron la ciudad y formaron un fúnebre cortejo detrás de su señor.

Y entonces llegó el momento de la reorganización.

El reino de León coronó a Alfonso. Con derecho, pues era su rey verdadero. Zamora quedó en manos de Urraca. ¿Y Castilla? ¿Quién gobernaría Castilla? Sancho había muerto sin dejar descendencia. ¿Quién que tuviera sangre real podía reinar sobre Castilla?

Las cortes[16] se reunieron en Burgos para discutirlo. La voz del Cid fue la más escuchada: "Debe gobernar Alfonso, pues él lleva la sangre del rey Fernando en las venas".

"¿Alfonso? ¿Y quién nos asegura -preguntaron los nobles castellanos- que no participó en la traición que dio muerte a nuestro señor? ¿No le estaremos dando la corona al asesino de su hermano?" Nadie había querido a Sancho más que el Cid.

"Yo le tomaré juramento –dijo el Cid-. Si él jura su inocencia, seremos sus vasallos"

El Cid, camino del destierro, recordaba la jura de Santa Gadea.

Frente al altar, estaban Alfonso y él. A su alrededor, lo mejor de la nobleza leonesa y castellana. El silencio los rodeaba, jamás volvió a sentir el Cid un silencio igual. Podía oír los latidos acelerados del corazón de Alfonso.

Entonces el Cid le preguntó, haciéndolo jurar sobre los Santos Evangelios, si era cierta la sospecha de que por su consejo fue muerto el rey Sancho.

El rey Alfonso juró que no.

Pero apenas si se oyeron sus palabras. Rodrigo Díaz de Vivar no se sintió satisfecho. ¿Era o no era un traidor? Con todo derecho, volvió a hacerle la misma pregunta.

Alfonso volvió a decir que no.

Tres veces juró Alfonso su inocencia en Santa Gadea.

Entonces fue proclamado rey. Y el Cid besó su mano en señal de vasallaje.

Aquella jura, el Cid lo supo, la estaba pagando ahora. Un rey obligado a jurar su inocencia frente a un hidalgo[17]. Nunca se había visto. Nunca se volvió a ver. Para Alfonso, habría sido el broche de esa larga historia de desavenencias.

"Lo que Alfonso no ha entendido, pensaba Rodrigo mientras cabalgaba camino del destierro, es la clase de vasallo que soy yo. Pero se lo demostraré con acciones, si Dios me da vida para recuperar mi honra".

3. UNA CIUDAD DESIERTA

Sesenta hombres de a caballo atravesaron la muralla de piedra de la ciudad de Burgos. Recorrieron a caballo sus callejuelas y las encontraron desiertas. ¿Adónde habrían ido las mujeres? ¿Por qué no se veía a ninguna junto a la fuente? ¿Dónde estaban los hombres? ¿Por qué habían desamparado las huertas? En la plaza frente a la catedral, no había un solo niño. ¿Ninguno saltaba al rango, ni empujaba el aro con la vara? ¿Dónde estaban las rondas de las niñas?

Detrás de las ventanas de madera, hombres, mujeres y niños observaban el paso de los guerreros: las fuertes patas de los caballos, las lanzas con sus pendones[18], las espadas atadas a los cintos.

Observaban la cara del Cid que mostraba su asombro ante las callejuelas desiertas. Sentían pena y también algo de temor: aquel desconcierto en cualquier momento podía transformarse en ira.

El Cid y sus hombres llegaron hasta la posada de la ciudad de Burgos, pero la encontraron cerrada. Un vasallo se apeó del caballo y llamó. Nadie le respondió. Golpeó con mayor rudeza, pero no obtuvo respuesta. Palmeó las manos, dio voces. Nada. El Cid, entonces, se acercó con su caballo y, tras sacar un pie del estribo, dio contra la puerta con toda su fuerza. La puerta chirrió, pero los remaches no cedieron.

En ese momento, una chiquilla apareció corriendo. Iba descalza, a pesar de la estatura de sus nueve años, se internó valientemente entre las patas de los caballos hasta quedar parada frente al Cid.

-¡Espera! -pidió. Las piernas le temblaban.

El Cid repitió la orden:

-¡Alto!

La chiquilla alzó la cabeza para encontrar los ojos del más famoso guerrero de la cristiandad. El Cid nunca olvidó aquellos ojazos negros de la niña de Burgos. Quizás no entendía los motivos de la guerra pero, en su mirada que hablaba miedo, también brillaba el coraje.

-¡Oh Campeador, que en buena hora ceñiste espada, perdónanos! No podemos auxiliarte. El rey mandó una carta en la que prohibía al pueblo de Burgos que te diera cobijo, comida, cebada para los caballos. Al que te ayude, dijo, le quitará casa, tierra y animales. Por si eso no alcanzaba para acobardarnos, agregó que, al que osara ayudarte, le quitaría también los ojos de la cara. Todos queremos tu bien, buen Cid, pero no podemos auxiliarte. Entiéndenos, nada ganarías con nuestro mal.

Antes de que el Cid intentara siquiera una respuesta, la niña dio media vuelta y volvió corriendo por la calle. ¿Sintió la amenaza de las lanzas que podían alzarse en su contra? ¿O fue temor por la ira del rey Alfonso? Unos minutos después, las paredes de su casa la habían engullido.

Detrás de los visillos[19], cientos de ojos siguieron sus pasos, mientras trataban de adivinar las intenciones del Cid leyendo las facciones de su rostro.

Montados en sus caballos, los hombres del Cid también su jefe, esperando una orden. Un pesado silencio corría por el medio de la calle, como un escalofrío.

-¡Acamparemos a orillas del río! -ordenó el Cid.

Y aguijoneando su caballo, dejó atrás la posada cerrada.

Antes de abandonar el pueblo, cabalgó hasta la iglesia de Santa María y, de rodillas, hizo su oración. Entonces, sí, volvió a montar y, tras salir por la puerta de Santa María, atravesó la muralla de Burgos.

En un arenal, junto al río Arlanzón, levantaron las tiendas.

En ayunas, pues nadie se animó siquiera a venderles una mínima ración de comida.

Ya era noche cerrada cuando un hombre de a caballo se acercó a las tiendas. Traía varias mulas cargadas de alimentos, viandas y vino. Venía acompañado de guerreros montados a caballos, lanzas en la mano espadas en el cinto. Los centinelas lo reconocieron, no en vano Martín Antolínez había logrado su fama luchando contra los moros. También el Cid lo reconoció.

-Vengo a unirme a tus fuerzas -dijo Martín Antolínez. Ya no puedo dar marcha atrás. Si el rey se entera de que he venido a auxiliarte, me matará; contigo iré al destierro y, si logramos fama y recompensa, contigo recibiré el perdón del rey.

Vino y pan y comida para los animales; todo trajo Martín Antolínez, tras vaciar los graneros de su casa.

-Martín Antolínez, burgalés[20] cumplido -lo llamó el Cid abrazándolo.

Aquél fue, desde entonces y para siempre, el apodo honroso que acompañó a este hombre, el único de todos los burgaleses que no sintió miedo ante las amenazas del rey.

Lo breve del plazo no le había dado tiempo al Cid para hacerse de dinero. Tampoco podía pedirlo prestado: el rey había prohibido que le dieran auxilio: todas las casas cristianas en Burgos estaban cerradas para él.

Por eso, Martín Antolínez le propuso que fueran a ver a los judíos

Raquel y Vidas, que trabajaban de prestamistas. Éste era un trabajo prohibido para los cristianos; mientras que los judíos que no tenían permitido empuñar las armas, ni labrar la tierra, ni realizar trabajos manuales, sí podían manejar el dinero.

El trato fue hecho por Martín Antolínez, en absoluto secreto. Dijo a los prestamistas que el Cid necesitaba guardar dos arcas[21] llenas de oro y plata, pues no podía llevarlas con él al destierro. A cambio, pedía seiscientos marcos[22] en monedas.

En el reino de Castilla, algunas personas decían que el Cid se había quedado con plata del rey Alfonso, su señor. Que cuando había ido a cobrar el tributo en la ciudad de Sevilla, parte del pago se lo había guardado para sí. Los que comentaban este rumor decían que, por ese motivo, el rey Alfonso lo había desterrado. ¿Sería verdad? Difícil era creerlo.

Raquel y Vidas recordaron esas historias cuando Martín Antolínez les propuso el trato. ¿Serían ciertas, entonces? Lo cierto es que las arcas que los hombres del Cid llevaron a casa de los prestamistas eran muy pesadas. Raquel y Vidas las guardaron con cuidado y en secreto, sin sospechar que estaban llenas de arena. Por respeto al Cid, no las abrieron. Quizás el Cid llevó adelante el engaño porque sabía que, de otro modo, no obtendría el dinero. Quizás sabía que, más tarde, lo devolvería con creces. La historia del Cid nos cuenta el ardid. Supongamos que la plata fue devuelta, aunque los cantos se hayan olvidado de relatarlo.

4. LA SEPARACIÓN

Esa misma noche, terminado el trato con Raquel y Vidas, el Cid y sus hombres se alejaron del arenal donde habían acampado. Antes de partir, el Cid quiso despedirse de su mujer y sus hijas, que se encontraban refugiadas en el monasterio[23] de San Pedro de Cardeña, a varias leguas de la ciudad de Burgos.

Todavía no había amanecido pero, en el interior del monasterio, ya había movimiento. El abad[24] don Sancho, frente al altar, rezaba los maitines[25]. También doña Jimena, junto a sus damas de compañía, ya estaba orando. La noche le resultaba demasiado larga: pensando en los trabajos que estaba pasando el Cid, nunca la atrapaba el sueño. Las horas del día, en cambio, no le alcanzaban: todas se le iban pidiéndole a la Virgen protección para su señor.

Como si hubiera estado concertado, al mismo tiempo, cantó el gallo en el patio trasero del monasterio, y golpearon a la puerta. Un monje atravesó corredores y patios en dirección a la muralla. ¡Era el Cid en persona!

El Cid se apeó y, acompañado de sus hombres más cercanos, entró en el monasterio. El abad don Sancho guiaba su camino con cirios encendidos.

En la sacristía, tuvieron una breve entrevista. Al Cid no le alcanzaban las palabras, con unas quería agradecer la hospitalidad, con otras recomendar más y más cuidados. Entregó al abad Sancho ciento cincuenta marcos de los que le habían dado Raquel y Vidas. Cincuenta para el monasterio, cien para servir a doña Jimena y a sus hijas.

-Que nada les falte, buen Sancho -recalcó el Cid-, tenga toda clase de miramientos[26]. No repare en gasto, consiéntalas tal como haría yo si estuviera con ellas.

Enseguida entró doña Jimena. Ya las damas de compañía traían a las hijas. Un solo abrazo fundió al guerrero y a sus tiernas mujeres. La palma encallecida de tanto empuñar la espada se volvía suave al deslizarse por los cabellos de las niñas. Los ojos, arrasados en lágrimas.

Mientras el Cid estaba en el monasterio, las campanas de San Pedro de Cardeña tañeron a todo vuelo. Y aunque aquel sonido no podía traducirse con palabras exactas, todos los hombres de la región comprendieron su mensaje: "¡Ya se va el Cid al destierro! ¡Dios lo acompaña! ¡Ya se va el Cid al destierro! ¿¡Qué valiente lo acompaña!?".

Como sigue la tropilla a la yegua madrina, así siguieron los hombres el llamado de aquellas campanadas. De las sierras, bajaban a lomo de sus caballos. Desamparando sus casas, venían a unirse con el Cid. El ansia de aventura, el deseo de lucha, la sed de recompensas: todos los sentimientos que llaman a dejar casa segura parecían despertar con las campanadas de San Pedro de Cardeña que, noche y día, rompieron el silencio de aquellos parajes.

Martín Antolínez, el burgalés cumplido, reunió ciento quince jinetes que, tras cruzar el puente de Arlanzón, buscaban unirse a las mesnadas[27] de Rodrigo Díaz de Vivar.

Desde el monasterio, el Cid vio a los jinetes: un grupo tan numeroso que no alcanzaba a contar los pendones. Distinguió, satisfecho, la figura del hombre que los dirigía y, entonces, cabalgó a su encuentro. A medida que se acercaba, sentía crecer dentro de sí las esperanzas de ganarse con la lucha el pan y la honra. Saludó a Martín Antolínez y, firme sobre su montura, recibió el saludo de cada uno de aquellos jinetes. Uno a uno, se acercaron a besarle las manos, en señal de vasallaje.

Pero el Cid no era jefe de la pura sumisión: sabía que, en cada hombre, hay un corazón y que el de aquellos hombres estaba aún dolido por la reciente despedida. Las casas que dejaban por seguirlo, según la ley del destierro, para siempre las perdían.

Por eso les habló con certeras palabras:

-Ruego a Dios, Padre Espiritual, que yo pueda hacerles algún bien. Ustedes que me siguen dejando sus casas y heredades, lo que pierden ahora, duplicado lo habrán de cobrar.

Esa misma noche, el Cid reunió a sus caballeros: Minaya Alvar Fáñez, su primo hermano, el de los claros y certeros pensamientos; Martín Antolínez, el burgalés cumplido, leal y de rápidas decisiones; Pedro Bermúdez, su sobrino, a quienes muchos llamaban *el Mudo* porque lentas y trabadas salían las palabras de su boca. Lo que no derrochaba en discursos, Pedro Bermúdez lo gastaba en arrojo.

De los nueve días de plazo, ya habían transcurrido seis. Solo restaban tres; y largo era el trecho por andar todavía, en dirección al Sur. Debían cruzar las sierras de Miedes para dejar el reino de Castilla. Detrás de ellos, estaba el rey Alfonso. Muchos pensaban que los acechaba, esperando una oportunidad propicia para atrapar al Cid. Solo una excusa precisaba para poder encarcelarlo, sin mostrarse injusto a los ojos del pueblo. Pero, esa excusa, el Cid no se la daría: partirían del monasterio a la mañana siguiente. Al canto del gallo, mandarían a ensillar. A maitines, oirían la misa de la Santa Trinidad. Y luego, cabalgar.

Tal como el Cid lo mandó, de ese modo lo hicieron. A la madrugada, ya todos los caballos estuvieron ensillados. El Cid acudió a la iglesia junto a su mujer. Larga túnica de lino, vestía aquella mañana doña Jimena. Los cabellos recogidos, los ojos rojos de tanto llorar. No bien cruzaron la puerta, se desprendió del brazo de su marido y, tras correr hacia el altar, se echó sobre las gradas. De sus labios, comenzó a surgir una larga oración, las palabras unas con otras hilvanadas, tan dulces como el agua que corre por los arroyos. Hasta el abad calló oyendo aquel rezo improvisado, seguramente la Virgen se lo estaba dictando, tan bello.

-... y ruego a San Pedro que me ayude a rogar, por mi Cid Campeador, que Dios lo cure de todo mal. Cuando hoy nos partimos, en vida nos habrá de juntar.

Cuando terminó la misa, los caballeros salieron de la iglesia y comenzaron a montar. El Cid se demoró, fue a abrazar a doña Jimena, le besó llorando la mano. Volvió la cabeza para mirar a sus hijas. Cómo dejar dos niñas pequeñas, una mujer hermosa y fiel, tesoros tan verdaderamente preciados.

-Quiera Dios que vuelva con más honra -dijo el Cid a Jimena-. Que vuelva con salud y honra para casar a nuestras hijas y poder servirla a usted, mi señora.

No sentía deseos de partir.

-¡Vamos, oh Cid, que en buena hora ciñó la espada! -lo increpó Minaya Alvar Fáñez-. El plazo se vence, es preciso partir. Vamos, no se demore más entre estas sagradas murallas, que antes parte a la guerra, antes prepara el día en que estas penas podrán volverse en gozos.

Un último abrazo.

Con el mismo dolor con el que la carne se separa de la uña, se separó el Cid de su mujer y sus hijas. Y aún del otro lado de las murallas, camino al Sur, volvió su cabeza para mirar la cruz en la torre de la iglesia. Casi podía decirse que el ansia de la guerra lo había abandonado.

-¡Vamos, oh, Cid, que no es hora de alargar esta despedida! ¡Mire los pendones de las lanzas! ¡Vamos, mire por la lucha que le devolverá la fama, vamos, aguijonee ya su caballo! -lo alentó su primo, Minaya Alvar Fáñez.

Solo aquella vez, Minaya picó espuelas primero y luego, detrás de él, salió Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador.

5. EN LOS BORDES DEL MUNDO CRISTIANO

Ya soltaron las riendas, ya empezaron a cabalgar. Pasaron por tierras peladas y grises, una larga meseta se extendía delante de sus ojos. Aquí o allá, una encina de tronco bajo y ramas retorcidas daba algo de sombra a los caminantes. Reposaron en Espinosa del Can y, esa misma noche, mucha más gente se unió a las mesnadas. Temprano ya estaban nuevamente sobre las cabalgaduras. Dejaron atrás San Esteban de Gormaz, pequeña ciudad que les brindó su acogida. Para cruzar el río Duero, llegaron hasta Navapalos pues, en aquel lugar, existía un vado que permitía el paso de los caballos. Ya estaban dejando la Extremadura[28] cristiana, ya se acercaban a la tierra de los moros. En Figueruela, a la sombra de los enebros y los olivos[29], alzaron las tiendas. Dos ríos se unían en aquel lugar y daban agua fresca a jinetes y caballos.

Con el arrullo de las aguas que corrían hacia el Sur, Rodrigo Díaz de Vivar se durmió. Era su última noche en Castilla, y aquel sonido que siempre habla de vida y abundancia le sonó a buen augurio. Pero entonces, en lo más profundo del sueño, se le apareció en una visión el ángel San Gabriel[30]. Con voz clara, le dijo:

-Cabalga, Cid, el buen Campeador, que nunca en tan buen punto cabalgó un varón. Mientras vivas, todo estará de tu parte.

Rodrigo Díaz de Vivar se despertó. ¿Dónde estaba? Junto a sí, tanteó: su espada; más allá, la silueta de los caballeros que dormían. Nadie más. Azorado, primero; tras alegrarse por el buen sueño, enseguida, hizo la señal de la cruz.

6. LA PRIMERA BATALLA

A la mañana, el Cid reunió sus fuerzas y, sin tener en cuenta a los valientes que andaban de a pie, contó trescientas lanzas, todas con pendones. Ya el plazo estaba a punto de vencer. Todo el día anduvieron a marchas forzadas, alejándose hacia el Sur.

Como la noche era clara y la luna alumbraba en lo alto, el Cid dispuso seguir adelante. Organizó a los jinetes por grupos y, delante de cada uno, designó a un mozo diestro para que guiara el paso por las escabrosas[31] laderas de la Sierra de Miedes. Los caballos, poco ágiles en los desfiladeros[32], daban trancos inseguros mientras las piedras sueltas catan por los despeñaderos[33]. Hasta que traspusieron las cumbres y, cuesta abajo, se largaron los jinetes.

En el llano, hallaron un bosque tupido donde el Cid ordenó un descanso. Allí dieron cebada a los animales, mientras la luna entreveraba las sombras de los jinetes con las sombras de las ramas de encinas y alcornoques[34]. Ya habían dejado atrás las tierras de Alfonso, ya estaban en tierras extrañas.

En aquel bosquecillo, el Cid y Minaya Alvar Fáñez decidieron la primera batalla. El blanco elegido fue la ciudad de Castejón de Henares, pues era la primera ciudad mora que hallaron en su camino.

La idea fue de Alvar Fáñez: mantendrían el sigilo, toda la noche emboscados. Recién a la madrugada, dividirían las fuerzas y lanzarían el ataque. El Cid, al mando de cien caballeros, entraría en la ciudad por la retaguardia. Minaya, con doscientos, iría en algara[35]: asolando los campos en un gran radio de acción que llegaba hasta la zona de Alcalá.

Durante los preparativos, fue llegando la mañana.

Desde el lugar donde estaban emboscados, el Cid y sus hombres observaron a los moros de la ciudad de Castejón. ¡Qué desprevenidos caminaban! Abrían las puertas de sus casas, salían hacia sus trabajos: unos a las huertas, otros a atender los animales. Lentamente se marchaban, tras dejar abiertas las puertas de la ciudad, tan confiados, como van los hombres en tiempos de paz.

Entonces el Campeador abandonó su escondite y se dirigió a la puerta de Castejón. Con la espada desnuda en la mano, iba dando muerte a los moros que encontraba a su paso. Ninguno lo enfrentó, mudos de terror y espanto, sin entender cómo, de dónde habían llegado aquellos cristianos, huyeron desamparando la ciudad. Todo el oro y la plata de Castejón quedó en manos del Cid Campeador, que perdonó la vida de muchos moros.

Mientras tanto, Minaya Alvar Fáñez, al mando de doscientos tres hombres, asolaba los campos. Como un rastrillo que barre las hojas secas, así fueron barriendo los hombres de Minaya los campos moros. Alzaron todo lo que encontraban a su paso: rebaños de ovejas y vacas, ropas, riquezas. Brillaba el sol sobre las escamas de acero de sus lorigas[36]. Desprevenidos se encontraban los moros, vestidos con sencillos jubones.

Ya Castejón estaba en manos del Cid. Desde las torres, sus centinelas vigilaban los campos. No bien divisaron a los hombres de Minaya, el Cid dejó el castillo en custodia y salió con su mesnada. Los jinetes que los rodeaban contemplaron el abrazo: cuando dos jefes se saludan así, no pueden fracasar las batallas.

Aún no habían contado las riquezas, y ya el Cid le propuso a Minaya compartirlas: un quinto de todo lo ganado sería para él. Pero el bravo Minaya, el primo hermano del Cid, el que con inteligencia había fraguado[37] la emboscada, el que con valor había asolado los campos, no quiso tomar nada. Más aún, hizo un solemne juramento, diciendo que solo después de haberse esforzado en la lucha y de que, gracias a su mano, el Cid hubiera ganado algo, recién ahí aceptaría algún dinero.

7. LA RESPUESTA MORA

Desde aquel día, todo fue un sucederse de batallas, tomas de castillos, algaras nocturnas, el entrar en las granjas como salvajes: talando, incendiando y robando ganado, cosas y personas, y volviendo al campamento al amanecer.

El primer castillo importante tomado por el Cid y sus hombres fue Alcocer. Con ardides[38], lo tomaron. Al instalarse en el castillo de Alcocer, se hicieron servir por los moros. Las noches en las que habían dormido en las tiendas, a la vera de los arroyos, habían quedado atrás.

Pero los moros no se quedaron de brazos cruzados, viendo cómo un cristiano que había sido desterrado de sus tierras se entrometía en las de ellos. Todos los lazos de amistad y vasallaje estaban siendo trastornados por el Cid, que sometía a tributos a las ciudades que ya tenían un señor, que robaba en las algaras animales y cosechas.

La paz de aquellos tiempos era siempre inestable. Ni los reinos moros respondían a un único califa; ni los cristianos, a un único rey. Antes, batallaban unos contra otros dentro de cada reino: moros contra moros y cristianos contra cristianos. También entre ellos guerreaban a veces y, otras, establecían pactos de alianza y amistad. Los vencedores de las luchas dominaban a las ciudades vencidas y les cobraban tributos. La relación de vasallaje daba cierta tranquilidad al mundo de entonces. La presencia del Cid en tierras moras estaba trastornando esa paz.

Así lo entendió Tamín, rey de Valencia. ¿Quería diversión el Cid Campeador? Ya había tenido suficiente. Ahora le había llegado la hora de pagar. De pagarle tributo a él, no en vano era el rey de Valencia. ¿Quería vivir entre moros? Eso podía llegar a conversarse. Pero no podía discutirse quién mandaba con derecho en aquellos territorios.

Por eso, dio una orden muy precisa a los dos emires[39] que puso al mando de su ejército: "Lo quiero vivo en mi presencia ".

Fáriz y Galve dirigieron el ejército moro: tres mil jinetes, bien pertrechados[40] con lanzas y espadas. Los moros eran los mejores montadores, no había quien los superara en el arte de adiestrar sus caballos.

En tres días de marchas forzadas, el ejército llegó a la ciudad de Catalayud. Muchos hombres ansiosos por vengar a sus hermanos muertos por las lanzas castellanas se enrolaron[41] tras Fariz y Galve. No era una tropa de mercenarios que se dirigen a una lucha cuyo sentido no comprenden; no, aquellos guerreros tenían un motivo claro y lo sentían ardiendo en sus corazones. Iban a defender lo que era suyo. Querían recuperar la tranquilidad que los cristianos les habían quitado: salir con los bueyes a arar la tierra, hilar el algodón en paz, cuidar los cuidar los huertos.

El ejército moro puso cerco a la ciudad de Alcocer durante tres semanas. En la tercera semana, les cortaron el agua. Afuera, los moros batían sus tambores. En el castillo, los del Cid, reunidos en consejo, discutían.

El Cid fue el primero en hablar:

-Ya nos han cortado el agua los moros y, pronto, nos faltará el pan. Sus fuerzas son muy grandes para enfrentarlas, pero si quisiéramos irnos de noche, no nos dejarán. Díganme caballeros, qué creen que deberíamos hacer.

Respondió el prudente Minaya:

-Hemos llegado hasta aquí desde Castilla, la gentil y, si no batallamos contra los moros, nadie nos va dar el pan. Sugiero que ataquemos, Dios nos ayudará.

Una vez más, como lo había hecho frente al palacio de Vivar, aquella lejana mañana en que tuvieron que partir al destierro, Minaya Alvar Fáñez había sabido expresar la voluntad de todos los hombres. Así lo entendió el Cid y se sintió seguro para afrontar la batalla

Cuando amaneció, todos los caballeros del castillo estaban armados. Las cabezas y los rostros, cubiertos por los yelmos[42]; el acero de las lorigas protegía los cuerpos; en una mano, la lanza; en la otra, el redondo escudo.

El Cid les habló. Sus instrucciones fueron breves:

-Salgamos todos que no queden sino dos peones guardando la puerta. Pedro Bermúdez, tomo como siempre la enseña[43], sé que la cuidará como buen caballero, Pero no se adelante mientras yo no lo mande.

El fiel Pedro, sobrino del Cid, besó su mano y tomó la enseña.

Del otro lado de las murallas, el ruido ensordecedor de los tambores hacía temblar la tierra. Los pelotones moros comenzaron a avanzar como un torrente; cualquiera hubiera dicho que aplastarían cuanto encontraran a su paso. Pero el Campeador ordenó:

-¡Quietas mesnadas! De aquí no se mueve nadie hasta que yo lo ordene.

¿No oyó la orden de su jefe? ¿O sintió tanta pasión que no pudo contenerla? Como fuera, Pedro Bermúdez alzó alto la enseña, espoleó su caballo y, a todo correr, se metió en la fila más llena de moros.

El Campeador gritó:

-¡Deténgase, por caridad!

Pero ya el caballo de Pedro Bermúdez avanzaba entre el enemigo. Llovían los golpes sobre él, todos luchaban para ganarle la enseña, aunque ninguno lograba derribarlo.

El Cid gritó a sus demás vasallos:

-¡Ayúdenlo, por caridad!

Los valientes no esperaron para alzar los escudos delante de sus corazones, bajar las lanzas y arrojarse al enemigo procurando salvar al amigo. Así, dando tajos y heridas, mataron a trescientos moros. Era un ir y venir de lanzas que enganchaban y alzaban a los jinetes moros, de lorigas que se despedazaban, de pendones blancos que salían tintos[44] en sangre, de buenos caballos que andaban solos

sin sus dueños. Los moros invocaban a Mahoma[45]; y los cristianos, a Santiago[46]. Cuando los del Cid pudieron mirar el campo de batalla, yacían muertos más de mil trescientos moros.

De pronto, el Cid buscó con la mirada a Minaya Alvar Fáñez y lo vio de a pie y con la lanza quebrada. Había metido mano a la espada y no dejaba de dar furiosos tajos. Enseguida el Cid se acercó a un general moro que montaba un buen caballo y, con un golpe de espada, lo cortó por la cintura y lo derribó a la mitad del campo.

-¡Monte, Minaya! Usted es mi brazo derecho, en el día de hoy necesito su apoyo. Los moros siguen firmes, ¡debemos acometerlos!

Minaya no esperó para saltar sobre la silla. Otra vez acometía entre las fuerzas moras con la espada en la mano. Entonces el Cid tuvo enfrente al emir Fariz. Los dos jefes se midieron. El Cid esquivó los golpes del moro mientras lo acometa con su lanza. Dos golpes le fallaron pero, al tercero, la punta penetró bajo la loriga. Chorreando de sangre, el emir escapó del campo, a todo correr.

Martín Antolínez arremetía al momento contra Galve. De un golpe, le arrancó los rubíes[47] que adornaban su yelmo le llego hasta la carne.

Los dos jefes huían gravemente heridos. Detrás de ellos, iban los moros que habían sobrevivido al ataque.

Los castellanos los siguieron a todo galope; hasta que Fáriz se metió en la ciudad de Terrer; y Galve, en Catalayud. Los del Cid, entonces, saquearon el campamento moro, de donde trajeron más riquezas, escudos y armas. Y una tropilla de quinientos diez caballos.

8. UN OBSEQUIO PARA EL REY

Las batallas de entonces tenían una rutina. Contar los muertos y enterrarlos era lo primero; aunque de esto, no hablan las gestas[48]. Luego venía el recuento del botín, todo valía: monedas, las armas que se tornaban de los enemigos tirados en el campo de batalla, escudos, lanzas, espadas, los caballos, y lo que diera el saqueo[49] del campamento enemigo.

Después del recuento, venía el reparto. Estrictamente estipulado por ley: el quinto de todo correspondía al jefe, el resto se repartía entre jinetes y peones. Los que iban montados recibían el doble de los peones.

Todos cobraban: el Cid no olvidaba nunca que aquellos hombres habían dejado sus tierras por seguirlo, ni que sin ellos, sin las fuerzas de sus brazos alzados en batalla, él no era nada. También los moros, que servían en el palacio, recibieron una parte. Tampoco desconocía que era un intruso en tierras ajenas y que, siempre que fuera posible, convenía evitar la injusticia o el trato sanguinario.

Del quinto que le correspondía por ley, el Cid apartó los treinta mejores caballos, todos con sus sillas y sus bridas[50], y con espadas de las mejores colgadas de los arzones[51]. Luego tomó una bota alta a modo de bolsa y la llenó hasta arriba de oro y plata fina.

Entonces habló con Minaya, su brazo derecho. Le encomendó la misión más difícil: debía volver a Castilla, a las tierras de donde juntos habían sido desterrados.

Los treinta caballos enjaezados[52] debía darlos al rey Alfonso, como obsequio del Cid Campeador. Paso a paso, explicó a Minaya las palabras que debía pronunciar, de qué modo arrodillarse, besar la mano del rey. La plata de la bota la destinaría para pagar mil misas en Santa María de Burgos y lo que sobrara lo daría en San Pedro de Cardeña para el sustento de su mujer y sus hijas.

El Cid siguió con la mirada la partida de su mejor caballero hasta que los caballos fueron puntos tan diminutos que ya no se distinguieron de las peñas del camino. ¿Los dejarían pasar por las tierras de Castilla o Alfonso mandaría a matarlos? La ley del destierro seguía vigente. Rodrigo Díaz de Vivar confió en la ambición del rey. Demasiado bien lo conocía, no en vano habían jugado juntos los tres, Sancho, Rodrigo y Alfonso, cuando ninguno era rey, en casa de Fernando. Tiempos buenos como aquéllos no volverían jamás. Ahora Sancho estaba muerto, y la sombra de la culpa de aquella muerte volaba por encima de la cabeza de su hermano Alfonso. Rodrigo se obligó a desterrarla, ¿acaso no había jurado el rey Alfonso, no una sino tres veces, su propia inocencia en Santa Gadea? ¿No le había tomado él mismo, el juramento? Descreer de aquellas palabras, pronunciadas en el santo nombre de Dios ¿no era, acaso, tan grave como descreer del propio Jesucristo? Rodrigo se había jurado a sí mismo confiar en la inocencia de Alfonso y ser su más fiel vasallo. Y ahora que Alfonso lo había desterrado, con hechos, le probaría la entereza de su honra. Que no con palabras. Rodrigo no era hombre de la corte, hombre de entreverar las cosas con discursos. ¿Y Alfonso? ¿Qué clase de hombre era Alfonso? Muchas veces, en soledad, Rodrigo Díaz de Vivar se había hecho esa pregunta. La primera palabra que surgía de su boca era ambición. Quizás fuera un poco más cobarde que Sancho... Era mejor no seguir pensando: la sangre del rey Fernando corría por sus venas. Eso era lo importante. Seguramente, no mandaría matar a Minaya hasta saber qué motivaba su embajada. Y después de ver los caballos, menos aún lo mandaría.

9. IDA Y VUELTA DE CASTILLA

Allá fueron Minaya y los caballeros que lo acompañaban, camino de Castilla. Iban remontando la ruta del destierro. No sabían a ciencia cierta qué tipo de recibimiento les darían. La mano cerca de la empuñadura, lista para salir en el caso en que fuera preciso defender la vida.

El Cid se quedó en Alcocer pero, poco tiempo después, dejó el castillo en busca de nuevos territorios donde luchar y ganarse el pan. Sus mesnadas estaban formadas por muchos hombres. Cada día precisaban comer, dar de comer a sus caballos. Aquellos hombres no trabajaban, no cuidaban los animales, no plantaban, no construían casas, ni fabricaban objetos. Eran soldados y vivían de la riqueza que producían los otros. Por eso precisaban moverse, después de estar varios meses en un sitio, lo dejaban más seco que a una naranja bien exprimida.

¿Qué hacer con aquel sitio tan arduamente ganado? El Cid mandó emisarios[53] a las ciudades vecinas. Así como antes había luchado contra los moros, ahora había llegado el momento de negociar con ellos. Las nociones de guerra y paz, de enemigos y aliados eran cambiantes y movedizas en aquellas épocas.

Los embajadores volvieron con una propuesta. Así fue como el Cid firmó un convenio con los habitantes de Catalayud, que le compraron Alcocer por tres mil marcos de plata. Y otra vez, a cabalgar. Los moros que habitaban el castillo lloraban mientras despedían al Cid Campeador.

De Alcocer, pasaron al Poyo de Monreal. Allí hicieron un campamento base; otra vez, las noches en las tiendas, lejos de las comodidades del castillo. Desde allí, asolaron una amplia región. Las ciudades pasaron a pagarles tributo, el campo les daba sus bienes porque se acercaban a las fincas por las noches y llevaban todo lo que estaba al alcance de sus manos.

Una madrugada volvió Minaya.

El Cid corrió a abrazarlo y lo estrechó entre sus brazos. Doscientos caballeros lo seguían. ¡Venían con permiso del rey Alfonso!

El relato de Minaya fue meticuloso. Le habló de su mujer y de sus hijas, de lo bien que se encontraban y de los cariños que unos a otros se habían hecho llegar por su intermedio. Trató de contarle a su señor hasta la última arruga que vio en el rostro del rey, hasta el más mínimo gesto que percibió entre los hombres de la corte.

- El rey me recibió muy amablemente.

- ¿Quién me ha enviado este regalo, Minaya, Dios le valga? -me preguntó.

- El Cid Ruy Díaz, el que, en buena hora, ciñó espada -le respondí, radiante de felicidad- pues aquel que usted desterró ganó Alcocer, fue cercado por los del rey de Valencia, le cortaron el agua y, entonces, salió a pelear y venció a dos emires moros: es abundante su ganancia. Le envía este presente, le besa los pies y las manos para que lo perdone.

El rey se quedó un instante pensativo. Miró los caballos tan ricamente enjaezados, me miró a mí y a los fornidos caballeros que iban conmigo.

Las noticias de las victorias del Cid, ya todo el reino de Castilla las conocía. También sabían exactamente el número de nuestras mesnadas, y lo ricos que se habían vuelto todos tras batallar con usted. Los nobles cuchicheaban por lo bajo. Solo logré oír palabras sueltas "riqueza", "poder", "peligro". El envidioso de García Ordóñez parecía que se comía los caballos con los ojos.

-Es muy pronto -dijo el rey-, luego de unas pocas semanas, para perdonar a un hombre que ofendió a su señor. Pero tomo este presente, porque viene de moros y me alegro de que lo haya ganado el Cid. A usted, Minaya, le restituyo sus hombres y tierras; podrá ir y venir por Castilla, desde ahora le doy mi gracia. Mas del Cid Campeador..., todavía no digo nada.

Yo corrí a besarle las manos y le dije:

-¡Gracias, mi rey y señor natural! Por ahora, concede esto; mañana concederá algo más, a Dios le pediremos para que así sea.

Él no dijo nada más, y nosotros nos volvimos.

Ya se había formado una ronda alrededor de Minaya. Todos querían saber de sus familias. Alvar Fáñez les traía noticias de sus hermanos, primos y amigos; recuerdos de sus dulces madres. Aquella noche, las conversaciones junto a los fogones duraron largo tiempo. Como si Castilla, de la que se habían ido desterrados, hubiera regresado en las alforjas de Minaya. Con la violencia de una algara, los recuerdos asolaron los corazones.

10. EL CONDE DE BARCELONA

Un tiempo después, volvieron a cambiar de sitio. Entonces, se dirigieron hacia el puerto de Olocau[54] y se acercaron a las tierras que estaban bajo el protectorado[55] de Ramón Berenguer, conde de Barcelona. Así como el rey Tamín había intentado echar al Cid de sus territorios, también el conde de Barcelona, aunque era cristiano, sintió peligrar su poder y riquezas con la presencia de las mesnadas. A los ojos del conde, el Cid era un desterrado, un muerto de hambre, que ni siquiera tenía sangre noble y pretendía ocupar lugares que no le correspondían. Debía darle su merecido, ponerlo en su lugar, hacerle pagar tributo.

Para enfrentarse con las mesnadas castellanas, el conde de Barcelona formó un ejército en el que había tanto moros como cristianos. Las fuerzas catalanas[56] montaban un tipo de silla muy cómoda, de alto respaldo, iban muy bien vestidas, con buenas botas de cuero. El conde mismo vestía con gran elegancia; de su cinto, colgaba una espada bellísima con empuñadura de oro y plata.

El Cid venía bajando de un monte y entraba en un valle, cuando supo que el conde de Barcelona quería darle batalla. Quiso evitar el enfrentamiento y envió un mensajero con un recado[57] de paz. Sin embargo, el conde no estaba dispuesto a retroceder, más aún lo retó, al decirle que no permitiría que ningún desterrado lo viniese a deshonrar. El mandadero[58] volvió a todo correr, y el Cid entendió que solo batallando los dejarían tranquilos.

Entonces arengó a sus huestes[59], tras elegir las palabras que encendían la pasión en las almas de sus hombres:

-¡Vamos, mis caballeros, aparten la ganancia, cinchen[60] los caballos y vistan las armas ahora, porque el conde de Barcelona va a darnos gran batalla! ¡Trae gente de sobra, moros y cristianos vienen cuesta abajo; y todos traen calzas[61] y las sillas de arzón[62] alto! ¡Nosotros cabalgamos sillas gallegas[63] y botas sobre las calzas, con solo cien caballeros, debemos vencer esas mesnadas! ¡Pero antes que ellos lleguen al llano, los atacaremos con las lanzas, así verá Ramón Berenguer a quién vino a quitarle la ganancia!

La batalla fue dura, pero una vez más, vencieron los hombres del Cid. Él mismo tomó preso al conde Ramón Berenguer y le quitó la Colada. Aquella espada valía más de mil marcos, era tan espléndida que hasta tenía un nombre propio.

Mientras los castellanos recorrían el campo recogiendo las ganancias, el Cid mandó preparar una comida opulenta, digna de la mesa de un conde.

Por las venas de Rodrigo Díaz de Vivar no corría sangre noble, pero le sobraba valor y destreza. Quizás Dios estuviera de su lado, porque vencía una tras otra, en todas las batallas. Ramón Berenguer, preso en la tienda del Cid, cavilaba en esto. La deshonra lo embargaba, hubiera querido tragarse todas las palabras altivas que había dicho en contra del Cid. Hubiera preferido morir luchando.

El Cid entró en la tienda y lo invitó a compartir la comida. El conde rechazó los alimentos:

-No comeré un bocado por cuanto hay en toda España, antes perderé el cuerpo y dejaré el alma, porque gente tal mal calzada[64] me venció en batalla.

El Cid le insistió:

-Coma, coma este pan y beba este vino.

Más insistía el Cid, más crecía la soberbia en el pecho del conde don Ramón:

-Coma usted, don Rodrigo, y descanse que yo me dejaré morir sin más.

Durante dos días, se mantuvo el conde obstinadamente en su posición. Llegó el tercer día, y aún, no había probado un trozo de pan.

El Cid no dejaba de insistir:

-Conde, si usted comiera a mi satisfacción, a usted y a otros dos, dejaré libres. No les devolveré lo que hemos ganado, porque lo necesito para estos hombres que andan conmigo comprometidos. Ésta y no otra es la forma en que podemos ganarnos el pan, echados como fuimos de nuestras propias tierras por la ira del rey. Pero si comiera, le devolveré su libertad.

Poco a poco, el conde iba cambiando de opinión. ¿Fue al sentir cómo el hambre, por primera vez en su vida, le picaba las entrañas? ¿O quizás oyó sus sabios consejos que siempre dicen lo mismo? "Come y vive, vive y come".

El conde dijo:

-Si lo hiciera, Cid, mientras yo viva no lo olvidaré ¿acaso el orgullo de la sangre valía más que la vida misma?

-Pues coma, conde, y cuando haya comido, a usted y a otros dos los dejaré en libertad –repitió el Cid.

Don Ramón, poco a poco, iba recobrando la alegría. Entonces pidió agua para lavarse las manos. No bien comenzó a comer, ya lo hizo tan aprisa, tan vorazmente que, casi, no se le veían las manos de la velocidad con que tomaba uno y otro alimento para llevarlos a la boca. Un rato después, había despachado todo lo que le habían ofrecido, sin haber despreciado nada. Entonces le dijo al Campeador:

-Desde el día en que fui conde no comí de tan buena gana, nunca olvidaré el gusto que he tenido; pero ahora, si usted, Cid, está dispuesto, ya estamos preparados para irnos.

Le dieron buenas vestiduras y tres palafrenes ensillados[65].

-Ya se va, conde -le dijo el Cid-, le agradezco todo lo que me ha dejado. Si se le ocurriera venir a buscarme, cuide de avisármelo antes.

-Esté tranquilo, ¡oh, Cid!, bien libre está de eso. Le he pagado por todo este año y, en cuanto a venir a buscarlo, ni siquiera lo pienso.

¡Con que prisa aguijaba el conde y cabalgaba! De tanto en tanto, volvía la cabeza temiendo que el Cid se arrepintiera. Pero Rodrigo Díaz de Vivar no era un jefe de los que hacen promesas que luego no saben cumplir.

11. LA TOMA DE VALENCIA.

Varios años habían transcurrido ya desde el día del destierro. Ninguno de los hombres que iba con el Cid era pobre: todos eran ricos en monedas de plata, dueños de caballos, ninguno andaba a pie.

Las riquezas, sin embargo, no apagaban la pasión guerrera de las mesnadas del Cid; antes seguían batallando, asolando ciudades y campos moros. Desde el puerto de Olocau, abarcaron una amplia región, hacia la mar salada. A las ciudades que les pagaban tributo como Zaragoza, las respetaban; a las que les hacían frente, duramente las atacaban. Así fue como tomaron el castillo de Murviedro para instalarse allí.

La presencia del Cid en Murviedro puso muy intranquilos a los valencianos. Su ciudad era la más poderosa de aquella región, no podían tolerar esa intromisión. Para enfrentarse al Cid por segunda vez, los moros de Valencia reunieron un ejército más grande que el anterior.

Tienda contra tienda, pusieron cerco a Murviedro. Cuando el Cid vio que las tiendas moras rodeaban su castillo, exclamó:

-¡Que sea tu voluntad, Padre espiritual!, estamos en sus tierras y les hacemos daño, bebemos su vino y comemos su pan; si vienen a cercarnos, lo hacen con derecho. Pero sin guerrear, esto no acabará.

Para salir a la guerra, el Cid mandó llamar a todos los pueblos que, ahora, eran vasallos suyos y que, como tales, tenían la obligación de ayudarlo. A los tres días, ya había reunido un ejército muy numeroso formado por moros y cristianos.

Una vez más, el Cid y Minaya Alvar Fáñez plantearon su estrategia de guerra: el Cid atacaría por el frente, con el grueso de las fuerzas; Minaya iría por un flanco[66] al mando de cien caballeros escogidos.

El plan dio resultado, y la victoria fue del Cid una vez más. Los moros huían vencidos; detrás de ellos, a uña de caballo, los seguían los castellanos. En la persecución, quedaron muertos dos emires y, solo al llegar a Valencia, los dejaron ir. Los del Cid se recogieron en Murviedro y entraron en la ciudad con muchas y grandes ganancias.

Durante tres años, asolaron toda la región de Valencia. Dormían de día y atacaban los castillos y los campos por la noche. Cebolla, Benicadell y otras ciudades moras fueron cayendo en sus manos. Así escarmentó el Cid a la ciudad de Valencia. Y además, les arrebató la cosecha, les taló la huerta, les quitó los animales que pacían[67] en los campos. Llegó un momento en el que los habitantes de Valencia se quedaron sin pan. La pobreza había tomado sus calles, antes ricas y prósperas. El padre no podía dar amparo al hijo, ni el hijo al padre, ni el amigo al amigo; desesperados, veían morir

de hambre a sus niños y a sus mujeres. Pero Valencia era altiva, no quería pagar tributo a un castellano.

Como último recurso, enviaron mensajeros al rey de Marruecos[68] para que los ayudara a vencer al Cid. Los mensajeros cruzaron el estrecho de Gibraltar[69] y entraron en tierras africanas. El mensaje pedía refuerzos, invocaba el respeto a los lazos de sangre que unían a los moros de España con los moros de Marruecos. Pero el rey de Marruecos estaba comprometido en otra guerra y no pudo auxiliar a sus hermanos de España.

Cuando el Cid se enteró de que ningún refuerzo llegaría a Valencia, entendió que se avecinaba su oportunidad de tomar la ciudad. Tampoco sus fuerzas eran suficientes para acometer un cerco tan grande. Así como los moros habían ido a buscar ayuda al África, él la buscó por Aragón, Navarra y Castilla. Los pregoneros repetían su mensaje por los caminos:

-El que quiera dejar necesidades y enriquecerse que venga con el Cid, amigo de batallas. Pondremos cerco[70] a Valencia para darla a los cristianos. A quien quiera venir, lo esperaré tres días en el Canal de Celfa.

¿Quién podía resistir ese llamado? Las noticias de las hazañas del Cid eran el tema de todos los fogones. Los niños de Castilla jugaban a ser el Cid, luchando con sus espadas de palo; los mozos soñaban por la noche con unirse a las mesnadas. ¿Qué perdían? Contaban con el apoyo del rey Alfonso, ni siquiera peligraban sus casas y heredades.

Así se formó una hueste verdaderamente enorme. A lo largo de las murallas de Valencia, el Cid apostó a sus vasallos; el cerco resultó tan apretado que nadie podía entrar en la ciudad o salir de ella sin perder la vida en un instante. Durante nueve meses, los valencianos resistieron valientemente el cerco hasta que, al décimo mes, se rindieron.

El Cid entró en la ciudad de Valencia y, en lo más alto del castillo, clavó su enseña.

Lo primero que vio fue el mar. Allá, en sus tierras de Vivar, el mar no era más que un cuento oído a los viajeros. De la montaña más alta de Castilla, para donde se mirase, sólo se veía la meseta árida y los pocos árboles que la adornaban. Y ahora él dominaba una ciudad que miraba al mar, a la llanura sin límites de espléndido color azul.

12. LA DEFENSA DE VALENCIA

El descanso fue demasiado breve, apenas tuvieron tiempo de repartir el nuevo botín, que ya el rey moro de Sevilla les presentó batalla.

El ejército del rey de Sevilla estaba formado por treinta mil hombres: todos duchos y ardorosos en la lucha. Los del Cid no eran pocos, muchos caballeros habían acudido de todas partes para acometer el cerco de Valencia. Quizás fueran menos; pero estaban en constante pie de guerra: los brazos nunca flojos, antes alzaban la lanza, metían mano a la espada.

Junto a Valencia, se extiende una amplia superficie de tierras cultivadas. Detrás de las huertas, las fuerzas del Cid esperaron a los moros. La batalla fue feroz y encarnizada. Se prolongó mucho más allá de Valencia, hasta Játiva. Cuando los moros, finalmente vencidos, comenzaron a retirarse, los del Cid los siguieron tan de cerca que no pocos se ahogaron en las aguas del río Júcar. El rey de Sevilla logró escapar pero, en la huida, perdió su caballo Babieca en manos del Cid.

Entonces el Cid llamó a Minaya. Ahora que era señor de ciudad tan bella, sintió más la falta de sus seres queridos. ¿Qué felicidad podía encontrar en aquellos jardines mientras Jimena y las niñas estuvieran encerradas tras los muros de un monasterio?

-Quisiera que volviera a Castilla para ver al rey Alfonso, mi señor -dijo a Minaya-. Escoja de mis heredades cien caballos y lléveselos como un regalo mío. Le besará la mano de mi parte y le rogará encarecidamente que me permita traer conmigo a mi amada mujer y a mis hijas.

Minaya se mostró complacido de ser nuevamente el emisario de su señor. Otra vez, el Cid le dio detalladas instrucciones: cómo debía hablar, qué palabras escoger, de qué modo comportarse ante el rey. Luego eligió cien de sus mejores caballeros para que lo escoltasen y le encargó que llevara mil marcos de plata a San Pedro para darle la mitad al buen abad don Sancho.

También le encomendó que dijera en Castilla que el Cid erigiría un obispado[71] en la ciudad de Valencia. Así lo había dispuesto con un clérigo, don Jerónimo, que acababa de llegar a la ciudad y era muy entendido en las armas y en las letras.

El Cid siguió la partida con atención. Esta vez lo hizo desde lo alto del alcázar[72]; detrás de él, el mar; delante, Minaya que marchaba al Norte, hacia las áridas tierras de Castilla.

Los caballeros atravesaron las huertas. La vista del Cid los siguió por entre los campos labrados. El perfume de los azahares[73] llegaba hasta las murallas de la ciudad. Naranjos, limoneros, palmeras datileras[74]. Los castellanos no conocían esas frutas. Algodón, moreras[75] para alimentar los gusanos de seda, campos inundados donde se sembraba arroz. Mientras que, en Castilla, los sembrados se hacían a la vera de los ríos y arroyos, luchando siempre contra la sequía; en Valencia todo era verde, como si el agua nunca escaseara. Tanta fertilidad no era solo por la gracia del cielo. El Cid vio que las huertas estaban recorridas por acequias[76], caminos de agua que cruzaban todas las parcelas[77]. Vio, además, que las tierras habían sido niveladas, lo que evitaba las pendientes pronunciadas que hubieran dejado que la lluvia o el riego se llevaran semillas y suelos. Aquello era el paraíso. Por algo, los valencianos habían resistido nueve meses valientemente el cerco. ¡Cómo no defender una ciudad como aquélla! El Cid también se juró hacerlo. Los moros seguirían cuidando aquellos magníficos huertos, él mismo les pagaría para que lo hicieran.

13. EL PERDÓN DEL REY

Esta vez, Minaya recorrió en paz las tierras de Valencia; ni en tierras de moros ni en tierras castellanas se cruzaron con enemigos. Antes bien, en uno y otro territorio, les abrían camino, mostrando respeto ante las mesnadas del Cid Campeador, dueño y señor de Valencia.

Al entrar en tierras cristianas, la gente se acercaba para verlos pasar. Sus vestimentas causaban sorpresa, las sillas, las bridas de los caballos.

Los cien caballos que arreaban[78] iban enjaezados con un lujo como nunca se había visto en Castilla.

Minaya preguntó por el rey Alfonso; y le dijeron que, en momento, se encontraba en Carrión.

Justo el rey Alfonso salía de misa cuando vio venir al apuesto Minaya rodeado de cien caballeros. El rey estaba de a pie; Minaya y sus hombres, montados.

Frente a todo el pueblo, Minaya Alvar Fáñez se arrojó a los pies de su rey y le besó las manos. Todos sus caballeros desmontaron. Los que rodeaban a Alfonso no pudieron evitar la admiración: los hidalgos del Cid vestían con la misma elegancia que los nobles castellanos. Pero el lujo que adornaba a los caballos que traían de obsequio ni unos ni otros lo tenían. Un gran silencio rodeó las palabras de Minaya:

-Merced, señor Alfonso, ¡por amor del Creador! Las manos le besa, el Cid, que le pide que le conceda merced[79]. Lo echó de su tierra, no tiene su afecto; pero en tierra ajena, bien se gana el sustento. De las ganancias que obtuvo, aquí hay pruebas. ¡Mire! Cien caballos fuertes y corredores, con sillas y frenos, que el Cid pide que acepte como obsequio. Se reconoce por su vasallo y, a usted, tiene por señor.

El rey Alfonso, alzando la mano derecha, se santiguó. Miró a los hombres de la corte que lo rodeaban, el silencio era tan cerrado que apenas se atrevían a respirar. Solo el resoplar de los caballos, solo eso se oía.

-¡Válgame San Isidoro! ¡Cuánto me alegro de esas ganancias! Acepto estos caballos que me envía de presentes[80].

Junto al rey, se encontraba García Ordóñez, el más enconado enemigo del Cid. El rey podía aceptar los presentes pero, como la vez anterior, podía no otorgar el perdón. El conde tenía que decir algo que empañara la imagen del Cid, ganar tiempo, torcer su voluntad.

-Por la forma en que se conduce el Cid Campeador, en tierra moros, no ha de haber ni un hombre vivo -comentó en voz alta.

Pero esta vez, sus palabras no llegaron a destino.

-Calle ya, conde -le dijo el rey severamente-, que me sirve mejor que usted, en todo caso.

Minaya se alegró para sus adentros. Mostrando la mayor humildad, le pidió al rey su permiso para sacar a Jimena y a las hijas del Cid del monasterio y llevarlas hasta Valencia.

El rey contestó que lo haría de corazón y que, mientras estuvieran en su reino, el cuidado y la seguridad de Jimena y las niñas correría por su cuenta. Luego agregó en voz bien alta, para que todos lo oyesen:

-¡Escúchenme guardas, y toda mi corte! No quiero que nada pierda el Campeador. Ahora les restituyo a todas las mesnadas que lo llaman señor las propiedades que antes les había quitado. Y a los que quieran seguirlo, pueden hacerlo con la gracia del Creador.

Minaya le besó las manos. ¡Más valía lo obtenido que todos los tesoros del mundo! Con el perdón recién logrado, su señor, don Rodrigo Díaz de Vivar, acababa de recuperar la honra. Los envidiosos, que rabiaran.

14. EL REGRESO DE LAS DAMAS

En San Pedro de Cardeña, Minaya llevó adelante todos los encargos del Cid. Mientras las mujeres aprontaban sus cosas para el largo viaje, entregó al abad Sancho quinientas monedas de plata. También mandó tres mensajeros para que fueran a toda marcha hasta Valencia y le dijeran al Cid que, en un plazo de quince días, llegaría a la ciudad con doña Jimena y sus hijas.

Con las otras quinientas monedas, Minaya fue a la ciudad de Burgos, donde compró ropas para que las mujeres pudieran vestirse como reinas.

En el momento de la partida, setenta y cinco caballeros pidieron permiso a Minaya para recorrer el camino junto con él. Al salir de Cerdeña, ciento setenta y cinco hombres formaban la escolta que protegía a los seres que el Cid más quería en el mundo.

Doña Jimena y sus dos hijas iban montadas. También montaban las damas de compañía: diez mujeres que cabalgaban rodeadas de ciento setenta y cinco hombres. Las hijas que habían entrado niñas al monasterio, ahora, eran mujeres. El mundo antes vedado a sus ojos se les mostraba, de golpe, con toda su rudeza. Al silencio de los claustros[81], el barullo de las órdenes, el piafar[82] de los caballos. Al trato con mujeres o monjes, la cercanía de tantos guerreros. Solo Minaya hablaba con ellas, de cerca las escoltaba, cuidando que nadie les faltara a su respeto.

¡Cuántas veces habían soñado con este momento! Conocer el mundo que se extendía detrás de los muros. Pero aquella realidad era mucho más emocionante que todos los sueños juntos: cabalgar y, desde lo alto de la montura, ver pasar las casas, la meseta extendida, las nubes corriendo por encima de las cabezas. El sol rebotaba en las lanzas y en las espadas de los hombres. Cientos de rostros rudos, tan cerca de ellas. Y una promesa: el mar. ¡Valencia estaba a orillas del mar! ¿Sería verdad todo lo que se contaba de las ciudades moras? ¿Sería cierto el lujo de sus palacios? ¿Sería cierto que el mar era tan azul como el cielo de los días más despejados?

Mientras tanto, los mensajeros llegaron a Valencia. El Cid oyó las buenas noticias que anunciaban que, por fin, las penas comenzarían a volverse en gozos. Enseguida escogió cien caballeros y los envió para que fueran al encuentro de Minaya. Entre ellos, iban los más cercanos al corazón de don Rodrigo: Martín Antolínez, el burgalés cumplido; Muño Gustioz; Pedro Bermúdez, su sobrino, portador de la enseña; y don jerónimo, el obispo. No le faltaron ganas de ir él mismo al encuentro de su mujer; pero no podía abandonar Valencia, gran locura hubiera sido dejarla desamparada.

Los caballeros pasaron por la casa del moro Abengalbón, amigo del Cid. A pedido del Cid, Abengalbón se unió al grupo con doscientos jinetes más.

Apostado en la ciudad de Benicadell, Minaya vio venir una hueste de trescientos hombres armados y sintió recelo. Enseguida envió dos caballeros para que averiguaran qué estaba ocurriendo. Un mensajero volvió corriendo: "¡Se trata de nuestros hombres, el Cid los envía para escoltarnos!". Entonces Minaya no esperó a que llegaran y salió cabalgando a su encuentro. Caballeros y damas marcharon camino de Valencia. Junto a Minaya, se apostó el obispo jerónimo; lo que restaba del viaje, fue confesor y compañero fiel de las damas.

15. EL REENCUENTRO

Nunca.

Nunca, jamás se había visto a nadie más alegre que al Cid el que, en buena hora, ciñó la espada. Por fin, tenía cerca lo que más amaba en el mundo.

Mandó a sus servidores que guardaran el alcázar, las torres altas, las entradas y salidas de la ciudad.

Como su jefe había desmontado, así lo habían hecho los demás caballeros. Aún se encontraban a las puertas de la ciudad, del otro lado de las murallas. Diez mujeres y más de trescientos caballeros. En un tono de voz que pudiera ser oído por todos, el Cid le habló a Jimena.

-Tú, doña Jimena y ustedes mis hijas son mi corazón y mi alma. Entren conmigo en el pueblo de Valencia, que he ganado para ustedes.

Entonces cruzaron la muralla, tomados del brazo. Detrás de ellos, las mesnadas. El Cid condujo a sus mujeres al alcázar. No recorrió el interior, no se detuvo en ningún sitio sino que, subiendo escaleras, llegaron al lugar más alto. Desde allí, quería que abarcaran lo ancho de su heredad.

Los ojos hermosos miraron a todas partes. No sabían qué sitio descubrir primero, ya se iban hacia el mar, asombrados de su resplandor; ya corrían a los huertos y se detenían en los árboles que nunca habían visto; ya observaban la ciudad: sus torres, sus fachadas adornadas, sus calles de piedra. El Cid, en cambio, las miraba a ellas y, así como las mujeres no se cansaban de admirar tanta riqueza, él no se aburría recorriendo los cambiantes gestos, reconociendo en cada una las amadas facciones, oyendo el añorado sonido de sus voces que comentan cada hallazgo en voz alta.

Entonces los cuatro alzaron las manos, agradeciendo a Dios que los había vuelto a reunir y les había dado tanta riqueza. El invierno se había ido, ya estaba llegando marzo. Desde la calle, les llegó una canción, dulcemente cantada por un moro. Sólo el Cid, que hablaba el árabe, comprendió sus palabras y las tradujo a sus mujeres:

Aspiro la fragancia que me llega de mi ciudad
y me hace recordar la juventud y la amistad.

Luego se preparó él mismo. Primero eligió la cabalgadura. Anduvo por los establos y, finalmente, se decidió por Babieca, el caballo que le había ganado al rey de Sevilla. Todavía no lo había montado, no sabía si era corredor, si era arisco[83] o dócil al freno. Pero una corazonada le decía que se trataba de un caballo excepcional, que le daría una carrera como nunca había tenido antes. Probarlo frente a Jimena aumentaría la emoción del encuentro.

Luego eligió sus ropas: vistió una larga túnica de seda con bordados de oro. Se arregló la barba, la tenía tan larga y blanca que causaba admiración. Desde el día del destierro, no le había tocado un pelo en señal de duelo, en señal de amor hacia su señor, el rey Alfonso. Finalmente, tomó el escudo y la lanza y, sin calzar ni loriga ni espada, salió.

La recepción preparada por el Cid consistía en lo siguiente: él y sus hombres jugarían a las armas frente a la puerta de la ciudad. A lo largo del terreno, habían alzado castillejos[84] de madera. Quería demostrarles su cariño haciendo exhibición de su hombría.

Cuando Jimena y Minaya estuvieron cerca de la ciudad, el Cid picó espuelas y Babieca salió disparado en una carrera magnífica. Detrás de él, muchos otros caballeros salieron disparados. A su paso, con las lanzas en lo alto, fueron derribando los castillejos. Las tiendas caían simulando el fragor de la batalla. Aunque ya no era joven, todas las fuerzas varoniles seguían intactas.

Entonces, desmontó y, caminando, se acercó a su mujer. Cuando Jimena lo vio venir, se echó a sus pies. Pero el Cid la alzó en sus brazos y la estrechó fuertemente. Luego abrazó a sus hijas, que ya eran mujeres. Otra vez, las lágrimas inundaban todos los ojos, pero esta vez, alentadas por la alegría.

Al deslumbrar del relámpago, brillando en intensidad,
invito a mis ojos verter sus lágrimas por ansiedad[85].

Parecía escrita para aquel momento.

LA LEGÍTIMA VICTORIA DE UN DESTERRADO (SÍNTESIS)

DESPUÉS DE LA TOMA DE VALENCIA

Enterado del dominio absoluto del Cid sobre Valencia, el rey de Marruecos, Yusuf, quiso recuperar los territorios perdidos; pero fue derrotado por el Cid quien, del inmenso botín de la batalla, le envió doscientos caballos al rey Alfonso.

En Castilla, la llegada de tantos y tan magníficos regalos del Cid aumentaron no solo la admiración de la corte, sino también, la envidia del conde García Ordóñez y, en especial, hicieron florecer la codicia de unos parientes del conde, los infantes de Carrión. Estos jóvenes nobles -pensando en enriquecerse rápidamente- pidieron la mano de Elvira y de Sol, las hijas del conquistador de Valencia. Alfonso pensó que estos matrimonios eran ventajosos para el Cid y le comunicó la petición a través de Alvar Fáñez.

A orillas del río Tajo, el Cid y su señor se vieron por primera vez, después de tantos años. El rey Alfonso otorgó su perdón al desterrado; y el Cid aceptó casar a sus hijas con Diego y Fernando de Carrión porque no quiso negarse a la petición del rey con quien, finalmente, se había reconciliado.

En Valencia, se celebraron las espléndidas bodas con gran alegría; pero, pronto, los infantes de Carrión evidenciaron su cobardía, sobre todo, en la batalla contra el nuevo y temido rey de Marruecos, llamado Búcar, quien, otra vez, había intentado recuperar Valencia. El Cid, después de acabar con Búcar, se convirtió en el hombre más respetado y temido de España. Sin embargo, sus hombres de confianza le ocultaban la vergonzosa conducta de sus nobles yernos en el campo de batalla.

Los jóvenes cortesanos, Diego y Fernando, resentidos por las burlas de los caballeros del Cid, tramaron contra él una infame venganza. Le pidieron permiso para regresar con sus esposas a sus tierras, en Carrión. El Cid, tras lamentar el alejamiento de sus hijas, aceptó su partida y los despidió con honras y magníficos regalos.

LA AFRENTA DE CORPES

Los infantes emprendieron su viaje y, al entrar en tierras de Castilla, en el solitario bosque de Corpes, azotaron cruelmente a sus mujeres y las abandonaron allí. Al tener noticia de su deshonra, el Cid, sin tomar venganza en forma personal, envió a Alvar Fáñez a recoger a sus hijas ultrajadas y a Muño Gustioz, uno de sus mejores combatientes, a exigir al rey Alfonso justicia. "El rey fue quien casó a mis hijas, toda mi deshonra es también de mi señor", sentenció el guerrero.

Inmediatamente, el rey convocó a toda su corte en Toledo. Los infantes llegaron confiados en el apoyo de sus parientes nobles y, en especial, del poderoso García Ordóñez, el antiguo enemigo del Cid.

Ante la corte colmada, el Cid hizo sus demandas, exigió a los infantes la devolución de las preciosas espadas Colada y Tizona, y la restitución de la dote de sus hijas. Ambas cosas fueron aceptadas por los demandados. Pero el Cid demandó una tercera condición pues exigió la reparación de su honor mediante un combate entre caballeros.

La gente del Cid acusó a los infantes de cobardes y traidores; pero los jóvenes se burlaban de ellos y hablaban con desprecio de Elvira y de Sol, por tratarse de las hijas de un simple vasallo. El Cid no se dignó contestarles, sólo respondió al conde García Ordóñez recordándole sus prisiones en Cabra.

EL CID COMO HÉROE NACIONAL

En esos difíciles momentos, entraron dos mensajeros a pedir la mano de las hijas del Cid para esposas de los infantes de Navarra y Aragón, países donde fueron reinas. El rey accedió a este casamiento ya que honraba al vencedor de Valencia y ordenó que la lid[86] se llevara a cabo en las tierras de Carrión. Allí en sus dominios, los cobardes infantes fueron rápidamente vencidos y humillados por los hombres del Cid.

Finalmente, las hijas del Cid celebraron su segundo matrimonio, mucho más honroso que el primero; y así fue como la sangre del héroe de Vivar nutrió con su nobleza la de los reyes de España. El Cid, el que en buena hora ciñó la espada, hombre honrado y leal vasallo, continuó batallando hasta el fin de sus días.